



en cuanto que se comprenden en las primeras ó son necesarias para cumplir el fin del hombre; porque siendo el principal fin del hombre obrar según la voluntad del Creador, y para llenar esto basta el conocimiento de las relaciones que existen en las cosas, todo lo que no sea necesario ó muy útil á este fin se encuentra sobre el campo de la inteligencia humana, al menos considerado en su esencia íntima. Así es que muy pocos dogmas se transmiten directamente en la primera revelación, como en la de Noé, la de los Patriarcas y la de Moisés; hasta el deseo de conocer lo que no atañe al fin de los hombres propuesto por Dios, fué condenado en nuestros primeros padres. Por consiguiente debemos atender en especial las cosas morales ó prácticas si queremos penetrar con intimidad el progreso de la revelación bíblica: habiéndose propuesto Dios en la educación del género humano proceder por grados á fin de que á la doctrina moral ya propuesta que mostró á los hombres la norma de vida por cierto tiempo se agregase después otra más perfecta que la abrazase, y así el humano linaje, ayudado por Dios mediante el libre cumplimiento de su voluntad, prestase en la tierra el fin intencionado por Dios y consiguiese su futuro destino. Así, pues, en cualquiera de las principales revelaciones que se contienen en la Biblia, es lícito y conveniente inspeccionar el principio y fundamento del estado social subsecuente y en verdad más perfecto para atribuir á la religión revelada lo que la pertenece de derecho; es decir, en todo lo revelado y que constituye estrictamente la revelación divina que debemos conservar con fe religiosa, se encuentra contenido el plan de toda la vida humana, el principio y método para explicar la historia, el fundamento de toda civilización, los lineamientos principales de toda la sabiduría y actividad humana; esto es, la filosofía, las ciencias, las bellas artes y toda la industria de los hombres.

De los primeros capítulos del Génesis, de las antiguas tradiciones no despreciables en absoluto, aun cuando se contengan en libros apócrifos, como el libro de Enoc y las narraciones de Beroso, de Sanchoniaton, etc., y de la inducción fundada en la naturaleza del asunto, deducimos que Dios enseñó todo lo que podía servir de norma al estado social antediluviano, otras muchas verdades que interesaban al primer ascendiente y fundador de los hombres, informado con aquella sabiduría en las cosas naturales que nos indica el Génesis, y finalmente, otras muchas referentes al orden sobrenatural. Considerado este punto en primer término bajo el aspecto social, siendo el fin de la primera institución la constitución de la familia, es decir, de la primera sociedad y la propagación de la especie, prescribió Dios á los primeros hombres sus deberes de conservarse, perfeccionarse y propagar la especie (1), de trabajar en expiación del pecado (2), de amarse mutuamente como complemento un

(1) Gen., I, 28.
(2) III, 7.

cónyuge del otro y dejar descendencia para constituir nueva familia (1). La mujer, después del pecado, fué condenada á vivir sujeta bajo la potestad del varón (2), y recibió el derecho y el deber de poseer sus hijos, abstenerse de la muerte violenta de los hombres, reprimir los deseos de la carne, conservar inviolables el matrimonio y el orden de generación, ofrecer á Dios en gratitud, sacrificios, etc. (3). También fueron instruidos por Dios en el orden teológico, filosófico, moral y científico; así se infiere de la lengua que les dió con las nociones en ella contenidas, de la historia de la creación, dogma fecundísimo y nunca bastante admirado, de los diversos coloquios habidos con ellos antes y después del pecado, de los mismos preceptos arriba enumerados; y por último del libro del Eclesiástico, que en su capítulo VIII, 5, 8, nos dice: «Les dió consejo y lengua, y ojos y orejas, y corazón para pensar, y los llenó de la doctrina del entendimiento. Crió en ellos la ciencia del espíritu; hinchó sus corazones de sentido y les mostró los males y los bienes. Puso su ojo sobre los corazones de ellos para mostrarles la grandeza de sus obras, para que alaben el nombre de santificación, y le glorifiquen en sus maravillas y publiquen las grandezas de sus obras.» Aprendió, pues, el primer hombre la existencia de Dios y sus atributos, el origen del mundo espiritual y material en virtud de una libre y verdadera creación, la existencia de los ángeles por el querubín que guardaba el paraíso, la inmortalidad del alma aun en cuanto al cuerpo, queriéndolo el hombre, pero con certeza en cuanto al alma como creada á imagen y semejanza de Dios, la fraternidad de los hombres, procedentes todos de Dios y de un solo padre, el libre albedrío con la conciencia que lo dirige, pero instruida por Dios, el pecado original y la redención por la gracia del Salvador, cuya muerte expiatoria fué cubierta con sacrificios verificados en todo el mundo, el destino del hombre al trabajo aun antes del pecado, de donde necesariamente nacerá su perfección, como de toda la especie, y también de la tierra que recibe el trabajo, la creación material inanimada y sujeta á leyes necesarias como que se entrega en dominio al hombre, el cual debe responder á su estudio y aplicación por ser el fundamento de todas las ciencias naturales, la naturaleza de suyo buena, la institución de la semana fundada en la creación, la cual fué una semana divina completa, y otras muchísimas cosas que, según lo dicho, constituían la primera religión, siendo así que, enseñadas por Dios, no podían despreciarse ni olvidarse sin ofender la verdad y autoridad divina.

Hemos tratado este punto con alguna latitud, ya para que los novicios aprendan que en la Biblia se encuentra más de lo que suelen conceder los modernos, ya para dar cuenta de la admirable sabiduría de los antiguos, aunque mezclada de errores y supersticiones, ya para descubrir el principio de las tradiciones huma-

(1) II, 23, 24.
(2) III, 16.
(3) Ibid., IV, 1, 23; VI, 11.



nas, cuyos vestigios, que concuerdan con estas, se hallan en todas partes, ya, en fin, para demostrar que el género humano desde el principio aprendió con la doctrina todo aquello que muchos se glorian de haber inventado la mente humana con el pensamiento. No es fácil explicar á qué grado raya la trascendencia de un hecho tan importante.

A pesar de esta institución divina, los hombres comenzaron á caer en el crimen y se separaron en dos clases; los *hijos de Dios*, descendientes de Seth, por los cuales entienden algunos los varones ilustres que gozaban de autoridad para con los demás, y los *hijos de los hombres* (1) celebraron mutuos matrimonios, de los cuales provino una descendencia corrompida por el pecado; y todos, en fin, dieron en cometer pecados carnales contra la naturaleza, excepto únicamente Noé, décimo patriarca desde Adán. De ahí que, habiendo desoído los hombres las predicaciones de muchos años, no quiso Dios por más tiempo discutir con ellos: todavía les concedió una tregua de ciento veinte años; pero cumplióse este plazo irrevocable sin la menor enmienda, y entonces mandó Dios el diluvio, en el cual todo quedó asolado y el género humano extinguido, excepción hecha de Noé con su familia, el cual, por lo tanto, es la segunda cabeza de los hombres, y recibió la segunda revelación, que fué el origen de la institución de las tribus, así como también la primera de las familias. Se concedió al hombre carne de animales sin sangre en la comida, al paso que antes sólo podía comer vegetales; y se le impuso el precepto de conservarse y multiplicarse, prohibiéndose por lo mismo el suicidio y el homicidio (2), según la interpretación más genuina, y se dieron otras leyes que no las trae el Génesis y que, según la tradición de los judíos, se reducen á lo siguiente: no vivir sin alguna autoridad, abstenerse de la blasfemia, de la idolatría, de la unión con las personas de mayor afinidad, del derramamiento de sangre, del hurto, de la comida de carne con sangre, de animal ahogado ó muerto en caza. Sea lo que quiera de estas tradiciones, es lo cierto que Noé conservó las primeras verdades; y de él pasaron á todas las naciones, y no sería absurdo afirmar que algunas quedaron consignadas por escrito en jeroglíficos. De modo, que los pueblos que conservaron esta escritura, fueron tan antiguos y tan sabios como los egipcios y los sinenses.

Los descendientes de Noé, en especial los camitas, de donde parece descienden los pueblos de la Nigricia en Africa, cayeron en las más corrompidas costumbres y en una torpe superstición. Para poder llenar el destino del hombre que el abuso de la libertad había vuelto á poner en peligro, hizo Dios una nueva revelación; probablemente hacia la edificación de la torre de Babel, que dió ocasión á la fundación de los pueblos, y con seguridad á Abraham y otros patriarcas. Eligió á estos para crearse de ellos un pueblo que se encargaría de la custodia de la antigua revelación, la prepara-

(1) Gen., VI, 2.
(2) Ibid., XII, 1, 5.

ción de la nueva, y la gloria de dar á luz al Mesías. Esta elección no implica, sin embargo, menosprecio de los demás pueblos, sino en cuanto se negaron á estos las gracias especialísimas que obtuvo el pueblo hebreo; por eso en los mismos pueblos de Moisés aparece constantemente la Divina Providencia, que á nadie repudia y mira también por los extraños. Verdad que los hebreos se tenían por el único pueblo escogido y querido de Dios, como sucedía á todos los pueblos antiguos, y juzgaban á los demás como enemigos naturales y dignos de odio para con el Creador, llegando en la época de Cristo á ser esta manera de juzgar un furioso fanatismo por parte de los fariseos; pero esto pugna abiertamente con el espíritu y con la misma letra de los libros sagrados, en los cuales se llama á Abraham y al pueblo israelita *para bendecir á todas las gentes* (1). De ahí que la misma denominación *Dios, Abraham, Isaac y Jacob*, representaba más bien el derecho de todas las gentes á la amistad de Dios, á la redención y á los favores divinos (2). Así, pues, el pueblo hebreo es elegido como pueblo sacerdotal en gracia de los demás, como el clero de la iglesia en gracia de los fieles.

La ambición y dura cerviz del elegido nada prueba contra la intención del que elige. Entre tanto la religión comprendía las doctrinas é instituciones antiguas y modernas: el culto se ejercía por medio de oraciones, diezmos, juramentos, votos y sacrificios que probablemente ofrecían el padre de familia, el magistrado, los hijos mayores de edad, como demuestra la historia de los patriarcas. Viene después el rito de la circuncisión, que ya por causas difíciles de averiguar existía en otras partes antes que se prescribiese á Abraham y sus descendientes, en señal de alianza pactada con Dios, para que representase el símbolo de la propagación del pecado por la generación, cuyo pecado, en verdad, había de ser destruido por el futuro Redentor, oriundo del primer padre, en virtud, tal vez, de causas higiénicas propias del Oriente, y además á la circuncisión del corazón; es decir, un corazón dócil, fiel y piadoso: de ahí es que los rebeldes á Dios, los infieles israelitas, se dice comunmente en la Biblia que tienen el corazón incircunciso, cuya locución figurada demuestra que este significado de la circuncisión fué vulgar entre los hebreos.

REVELACION DE MOISÉS: DOGMAS: VIRTUDES TEOLÓGICAS: OTROS PRECEPTOS: CULTO PRIVADO: LEYES SOBRE LA COMIDA Y LAS PURIFICACIONES.

La revelación de Moisés comprendía la religión primera, la de Noé y la patriarcal con todo lo que enseñó Moisés y se contiene en los cuatro libros últimos del Pentateuco, junta-

(1) Gen., XII, 3; XVIII, 17, 18; XXII, 18; XXVI, 4; XXVIII, 14.
(2) Ez., XIX, 5, 6; Núm. XIV, 12, 21; Deut., XXXIII, 3; Luc., II, 32; Act., X, 35; y además la historia de Melquisedec, Job, Ruth y Jonás.



mente con la historia, poesía, leyes judiciales, agrícolas, políticas y otras que constituían aquella verdadera teocracia de los hebreos que modera y explica la vida entera, las costumbres, vicisitudes é historia del pueblo. Y si queremos compendiar en pocas palabras la doctrina dogmática y moral de la ley mosaica, la resumiremos en los términos siguientes: Dios uno (1), espiritual (2), eterno, inmenso, perfecto en todas sus obras (3), omnipotente, justo, misericordioso (4), benéfico (5), padre cuya mansedumbre y providencia constan de todo el Pentateuco, y en verdad para con todas las gentes. Si en atención á la índole durísima de aquel pueblo usa de términos materiales y penas terribles, esto no excluye lo que es espiritual; así el castigo de los padres para con los hijos es consecuencia necesaria del género de penas que hemos dicho, v. g., la cautividad, el hambre, la guerra, etc., muy aptas para contener á los padres en el cumplimiento de sus deberes (6). La existencia de los ángeles se prueba en muchos pasajes del Pentateuco (7): se indican la predestinación y la intercesión de los santos para con Dios (8).

La naturaleza del hombre espiritual se explica con bastante claridad por su imagen y semejanza con Dios, la cual pide también otra semejanza en santidad; la libertad se demuestra en el mero hecho de haber impuesto muchos deberes (9). El origen del hombre viene de Dios; su destino en esta vida obedece á Dios, el cual concede benigno la misma felicidad temporal, y manda justo y celoso penas gravísimas, según los méritos de los hombres; después de esta vida las almas de los hombres se reúnen á las de los difuntos, hasta que fuesen conducidas á la tierra prometida, ó sea el cielo, en donde Dios mora (10).

Todos estos principios fueron después desenvueltos con más claridad por los profetas, acomodándose Dios poco á poco al concepto de los hombres; y en tiempo de Moisés era tan común la creencia en la felicidad de los justos después de la muerte, que el mismo Balaam la deseaba (11), y lo mismo decimos de la fe en el Mesías y su naturaleza divina, y en la Trinidad de las divinas personas, indicada repetidas veces en el Antiguo Testamento, admitida por los antiguos rabinos, y demostrada por el esclarecido Drach.

Pero no convenia detenerse mucho en el examen de estos puntos con el pueblo hebreo, de dura cerviz y supersticioso. Basta, pues, una breve noticia sobre el origen, naturaleza

(1) Deut., VI, 4.
 (2) Ib., IV, 15.
 (3) XXXII, 4.
 (4) XXXIV, 6.
 (5) Deut., XXXII, 11.
 (6) Eze., XVIII, 20.
 (7) Deut., XXXIII, 2; Ex., XX; Gal., III, 19; Heb., II, 2; Act., VII, 53.
 (8) Ex., XXXII, 11, 32.
 (9) Lev., XX, 7, 26; XXVI; Deut., XXVII, XXVIII, XXX, 19, etc.
 (10) Gen., XV, 1; Ex., XXXIII, 19.
 (11) Num., XXIII, 10.

y destino del hombre y algunos dogmas divinos para guardar todos los preceptos: una investigación más profunda ni favorece la vida práctica, ni sería útil, sino por el contrario muy nociva en cuanto traspasara, como fácilmente podía suceder, los límites de la prudencia: de ahí que muchos siempre aprendiendo nunca lleguen al conocimiento de la verdad (1): de ahí también que el código mosaico siempre fué llamado ley, y la doctrina de Jesucristo ley evangélica.

En cuanto á las costumbres ó doctrina moral, se contiene primero en el Decálogo, donde se mencionan los principales capítulos; mas el contenido de estos ó sus consecuencias se pasan en silencio, si bien en otras partes más ó menos extensamente se enseñan. Así se preceptúa la fe en un solo Dios, y los pecados opuestos, la idolatría, varias supersticiones de los pueblos contemporáneos, la herejía, es decir, los falsos profetas se castigan con la muerte, como sucedió más de una vez, y se consideró como ofensa gravísima la mala interpretación de la ley en un profeta fiel de Jesucristo. De la fe en un Dios providencial, benéfico, amantísimo, padre del pueblo, nace la confianza en El, cuyos vicios contrarios, la desesperación y la soberbia de corazón, se reprehenden acremente en el Deuteronomio (2). De dichas virtudes emana la oración tan recomendada por Moisés, para la cual se prescriben ciertas reglas, como en la bendición al pueblo por el sacerdote (3), en la ofrenda de los diezmos por los israelitas (4), etc.

De estos preceptos y de la misma naturaleza del hombre nació la necesidad del culto, ya interno, ya externo, privado y público, haciéndose el último de mayor necesidad bajo el régimen teocrático. El culto privado, además de la fe, esperanza, amor, oración y confesión de los pecados (5), comprendía la institución religiosa de los niños, que al mismo tiempo era un medio de conservar la religión; otros medios referentes al mismo fin, las leyes de las comidas, las leyes de las purificaciones. Lo primero ocurre á cada paso (6), lo segundo debía hacerse fuera de otras formalidades, describiendo algunos preceptos del Decálogo y beneficios de Dios en una membrana que en sus oraciones ataban al rededor de las manos ó la frente, ó á la entrada y las puertas interiores de la casa (7). Había otro medio para conservar en la memoria los divinos preceptos, y era un pálio largo, de cuyos ángulos pendían las fimbrias con vendas de jacinto, todo lo cual, aunque material, como propio de ceremonias, simbolizaba algo espiritual.

Respecto de los alimentos, estaban prohibidos todos los animales inmundos arriba enumerados, la sangre y carne con sangre, la parte

(1) 2. Tim., III, 7.
 (2) VI, 5; VII, 17; VIII, 17; IX, 4.
 (3) Num., VI, 24, 25.
 (4) Deut., XXVI, 13.
 (5) Num., V, 7, etc.
 (6) Deut., VI, 7.
 (7) Ibid., 6, 9; XI, 18, 20; Ex., XIII, 9.



crasa, los cabritos cocidos en la leche de la madre, los animales ahogados ó muertos naturalmente, ó despedazados por las fieras, y en fin, todo lo que estuviese consagrado á los idolos. Estas leyes imprimían frecuentemente los recuerdos de la religión y de Dios, y significaban pureza de entendimiento; eran remedios higiénicos de gran ventaja en países cálidos, y recomendaban la mansedumbre, principalmente tratándose de la sangre, porque el alma de estos animales está en la sangre de los mismos (1). La misma pureza espiritual era también objeto de las leyes de purificaciones (2), por las cuales aprendía el hebreo, que hasta en los actos naturalmente honestos, como el uso del matrimonio, se notaba cierta mancha debida á la naturaleza corrompida de los hombres; también se mencionaba este pecado original, aconsejándose que el pueblo elegido de Dios debía resplandecer por la mayor pureza, y todo el que se acerca á Dios debe presentarse limpio de cuerpo y alma.

CULTO PÚBLICO: LUGARES SAGRADOS: RITO DE LOS SACRIFICIOS.

El culto público comprendía los lugares sagrados, la parte ritual, el clero y las fiestas. Antiguamente no existían lugares sagrados designados, á no ser por especial revelación en algun caso particular (3); pero se elegían siempre aquellos en que había sucedido algun hecho memorable. Después que la descendencia de los patriarcas formó un pueblo diferente y separado de los demás, el cual debía tener por primer principio de su constitución y base de toda su historia, la unidad de Dios y de religión, fué preciso designarse un solo lugar, simbolo de la unidad religiosa y nacional, áula del sumo rey, que frecuentase el pueblo entero en señal de sujeción y fidelidad, y al mismo tiempo fuese un medio de conservar todo lo referente á la religión y constitución política del pueblo. En un principio á este fin un tabernáculo en el desierto, y después el soberbio y magnífico templo de Salomón en Jerusalem. No había en estos ninguna imagen de Dios, sino tan sólo el simbolo de la divina presencia y de la alianza pactada con el pueblo en el arca, construida con madera de acacia, adornada con dos querubines de oro en los dos costados superiores, y sus alas, extendidas, formaban á manera del trono de Dios, desde el cual hablaba con Moisés, y por eso se llamó *propiciatorio* (4). La presencia de Dios se manifestaba por una nubecilla clara y brillante, que los descendientes llamaron *shechinah*, es decir, según el libro rabínico *Zohar*, habitación, sede, presencia, verbo de Dios, en una palabra, Cristo, Mesías, Verbo divino, que después tomó carne. Todas estas voces, en su esencia, están acordes con el uso hebreo, y se expresan con más claridad en los Proverbios, la Sabidura

(1) Lev., XI, 43, 44; XVII, 14; Deut., XII, 23.
 (2) Lev., XII, XV.
 (3) Gen., XX, 2; XXIII, 12; XXXV, 7.
 (4) Ex., XXV, 10, 12.

ría y el Eclesiástico. Esta arca se custodiaba en la parte interior del tabernáculo, el *Santisimo*, el *Santo de los Santos*, la cual tenía diez codos de longitud y latitud, y la separaba del *Santo* un velo precioso. Contenia las tablas de la ley, y delante de ella había un vaso con el maná, la vara floreciente de Aarón y un ejemplar de la ley. En el lugar *santo*, de veinte codos de longitud y de la misma latitud y altura que el *Santisimo*, del que era continuación, se colocaba el altar, un candelabro de oro con siete brazos y siete lámparas, y por último, una mesa con los doce panes de la proposición. La entrada en el lugar santo se cerraba con otro velo. Delante del tabernáculo estaba el atrio con el altar de los holocaustos, sobre el que se celebraban los sacrificios, y el gran vaso de bronce ó mar de bronce para la purificación de los sacerdotes. Este atrio era descubierto, así como también otro exterior, en el que podían entrar los incircuncisos, y se llamaba el atrio de los gentiles, si es que existió antes del templo segundo (1). Próximo á este tabernáculo, pero de dobles medidas y con algunas variaciones, fué construido después el magnífico templo de Salomón, juntamente con otras muchas habitaciones, muros, etc. (2). El tabernáculo permaneció fijo ordinariamente á la entrada de Palestina, en la pequeña ciudad de Silo, adonde acudía todo el pueblo de Israel á orar y ofrecer sacrificios; pero el arca se trasportaba en ocasiones á las batallas, llegando una vez á ser presa de los filisteos, hasta que fué conducida al alcázar de Sion, y de allí al templo. Por circunstancias especiales se celebraban sacrificios también en otros puntos. De ahí tantas quejas de los profetas contra los que, á pesar de su reconocida piedad y sana intención en loor de Jehová, sacrificaban en sitios elevados, los cuales, en verdad, no fueron entredichos apenas por uno solo de los celosos reyes de Judá. De ahí también el odio encarnizado entre hebreos y samaritanos por el templo Garizim, y aquella especie de cisma á consecuencia del templo erigido en Egipto por Onías, reprobado abiertamente por los palestinenses, á pesar de estar en su favor el pasaje de Isaías, capítulo XIX, versículo 19. Siendo el mismo Dios quien lo disponía todo minuciosamente, en la erección del templo, confección de los vestidos sacerdotales y orden de las ceremonias, es lógico que estas habian de ser simbólicas y entrañar algun concepto espiritual, conspirando á elevar el corazón y excitar el sentimiento religioso.

El principal rito del culto público, como en casi toda religión, era el sacrificio, institución universal de todos los pueblos y tiempos, que expresaba la confesión de un Dios ofendido, y fácil de aplacar por la efusión de sangre, no del propio delincuente, sino de algun animal, que se sustituía al pecador para que este se expiase ó quedase libre del merecido anatema. No pudiendo la razón humana explicar esta

(1) Ex., XXV, XXVII; XXX; XXXVI, XXXVIII.
 (2) 3. Reg., VI, 2, Par., III.



institucion, rectamente inferimos que fué ordenada primero por Dios, para que fuese simbolo de la redencion del linaje humano por la sustitucion de la sangre de Cristo.

Se ofrecian frutos, licores y otros sacrificios incruentos, pero estos no podian considerarse sino como extension de los sacrificios en que se derramaba sangre, un rito secundario, una imitacion del verdadero sacrificio en expresion de gratitud, de ovacion, etc. Así vemos que la penitencia y el propósito de mejor vida debian siempre acompañar á los sacrificios de Moisés (1). Pero lo más principal aquí y en todos los pueblos de la más remota antigüedad fué la expiacion del pecado y aplacamiento de un Dios supremo, dueño de todas las cosas, altamente ofendido con el género humano por haber caído en el pecado é incurrido en la maldicion general. Vemos, pues, que la institucion universal de los sacrificios confirma los principales-dogmas de nuestra religion de tal modo, que sin ellos carece de explicacion.

Los hebreos distinguian dos clases de sacrificios, á saber, propios é impropios ó incruentos, los cuales en la Biblia no se llaman sacrificios ni holocaustos, como aquellos, sino dones. Los primeros que tambien se decian cruentos recibian el nombre de holocaustos si se quemaba toda la victima, y de eucarísticos si únicamente las partes grasientas, la cola y los riñones del animal. En unos y otros se rociaba el altar con sangre, siempre que no hubiera de ofrecerse el holocausto extramuros de la ciudad, como sucedia cuando se trataba del delito de un sacerdote ó de todo el pueblo. La parte de la hostia ú oblata que siempre habia de quemarse se llamaba *ascarah*, memorial, porque ascendiendo en humo y suave olor recomendaba á Dios la persona que la ofrecia. Las victimas se decian expiatorias si se mandaban totalmente al fuego, á diferencia de las propiciatorias, en las cuales se quemaba sólo el memorial, cediéndose las carnes para alimento de los sacerdotes, así como en los eucarísticos comian el pecho y el costillar derecho, dejándose lo restante para los mismos que la ofrecian. Los sacrificios impropios, ó eran partes del sacrificio cruento ó tambien podian ofrecerse solos. Más claro: habia sacrificio sin oblacion, como el expiatorio, sacrificio con oblacion, como los demás holocaustos y el eucarístico ó pacífico, y finalmente, habia oblacion sin sacrificio cruento en los casos siguientes: 1.º, en la oblacion del pontífice el día de su consagracion; 2.º, en el que hacia diariamente el sacerdote de la harina y el aceite; 3.º, los panes de la proposicion con el incienso que se quemaba; 4.º las oblaciones espontáneas de los fieles; 5.º, los panes en las primicias el día de Pentecostés; 6.º, la oblacion del esposo que sospechaba de la fidelidad de su consorte; 7.º, la del pobre leproso sanado; 8.º, el incienso (2). En casi todos estos se exigia como principal condicion la oracion y pureza de corazon, lo

(1) 1. Reg., XIII, 13; XV, 22.

(2) Lev., II, V, 1; VI, 20, 23; XXIII, 17; XXIV, 7; Núm., V, 15, 26.

cual se demostraba lavando y escogiendo los objetos que se habian de ofrecer, por las ceremonias del oferente y del sacerdote, por los vestidos y otras señales. Las cosas objeto del ofrecimiento habian de ser las más preciosas y puras, no por la estimacion en que las tenian los egipcios, sino porque se presentaban á un Dios óptimo, máximo; así, pues, se ofrecian bueyes, ovejas, cabras, tórfolas, palominos, despues la fimiama, toda clase de vegetales, excepto la *onicha*, piedra de jaspe que existe en los lagos de la India dotada de un suave olor; la cosas compuestas de harina y la harina misma, las espigas de trigo ó cebada, aceite de olivas y vino. Se excluye expresamente todo lo que es susceptible de fácil corrupcion, ó es principio ó señal de corrupcion, como el fermento y la miel. La imposicion de manos sobre la cabeza de la victima, la elevacion en forma de cruz de las cosas que debian ofrecerse, el orden con el que habian de comerse y otros muchos ritos demuestran, como dijimos al principio, que todos los sacrificios eran siempre simbólicos y espirituales, aunque no siempre lo entendiera así el vulgo del pueblo. Añádase el gran número de ministros que todo lo conservaba ordenado, limpio y decente, á pesar de lo que en contrario se atreve á decir Voltaire, segun el cual no se veian más que tenazas, parrillas, asadores, cuchillos de cocina, largos tenedores de hierro, cucharas y cucharones, artesas para poner la grasa y todo cuanto puede inspirar disgusto y horror; todo lo cual no estaba dentro del templo, sino en el atrio, colocado regularmente, sin que diera margen á la dureza de costumbres y á los sacrificios humanos, así como entre nosotros no se enseñan nuestras cocineras á la crueldad y matanza de sus hijas (1).

CLERO: EMOLUMENTOS DESTINADOS AL CULTO Y CLERO: FIESTAS PRINCIPALES: DEBERES HIPOTÉTICOS DE LA RELIGION: DEBERES DEL HOMBRE PARA CON LOS DEMÁS.

De lo dicho infiérese que toda la nacion hebrea era una especie de lazo sacerdotal de todo el género humano; pero peculiarmente fué destinada al culto divino la tribu de Levi, puesta en lugar de los primogénitos, que debiendo ser consagrados especialmente á Dios, se libraban de la redencion y gozaban antes del derecho y oficio sacerdotal (2). Estos, al lado de otros que se ofrecian piadosamente ó se emancipaban para este oficio, como los gabaonitas que se empleaban en cortar la leña de los bosques, trasportar el agua, etc., servian bajo los sacerdotes al templo y al tabernáculo, distribuidos sus oficios en familias y tiempos, de modo que se ocupasen todos y todos descansasen, manejando cada cual sus intereses en sus propias ciudades y casas. Mas en tiempo de David se ordenaron todos estos oficios en mayor escala y solemnidad, y de los treinta y

(1) Lev., I, VIII, XII; XIV; XVI; XXII, XXIII. Ceremonias y orden de los sacrificios.

(2) Núm., III, 5, 13.



ocho mil levitas fueron destinados veinticuatro mil á prestar servicio á los sacerdotes, cuatro mil á la custodia de las puertas, otros tantos, divididos en varios coros, al canto de los salmos y á los instrumentos músicos, finalmente, seis mil esparcidos en las ciudades del reino con el carácter de jueces y genealogistas. Las tres familias principales, Gerson, Caah y Merari, estaban sujetas á sus principes, como probablemente las familias subalternas contenidas en estas, y con seguridad los coros de los cantores y músicos. Los levitas daban principio á sus ritos religiosos antes del servicio del templo (1). De la familia de Aaron se desecharon los sacerdotes por Eleazar é Ithamar, porque, habiéndose valido los hijos de Aaron, Nadab y Abind de un fuego profano en los holocaustos, fueron quemados ellos en holocausto en el primer sacrificio de Aaron, porque aquel fuego bajado del cielo debiera haberse conservado perfectamente y no ser sustituido por otro (2). Los sacerdotes fueron iniciados en un principio por Moisés, mediante rito solemne (3), que se hacia con holocaustos, bendiciones y unciones de la cabeza y vestidos, elevacion de los objetos del sacrificio por las manos del iniciado, de donde viene la frase latina *implere manus*, que significa consagrar á uno para el sacerdocio (4). Posteriormente parece que fueron iniciados por otros sacerdotes, si bien ocurren pocos ejemplos en este sentido. El sumo sacerdocio, por estricto orden hereditario no lo obtuvieron los hijos de Ithamar; despues, Antioco Epifanes lo vendió por dinero; más tarde, los asmoneos lo agregaron al principado civil, y por último, Herodes y los romanos volvieron á venderlo al que más ofrecia y del poseedor pasaba luego á otras manos, dando así lugar á muchas perturbaciones. En tiempo de David estaba dividida toda la multitud de sacerdotes en varias clases, cuyos principes ó cabezas se mencionan frecuentemente en el Nuevo Testamento con el nombre de *principes de los sacerdotes*, los cuales se elegian semanalmente para poner el incienso y ofrecer el sacrificio perenne (5). El sumo sacerdote llevaba en la frente una lámina de oro con una inscripcion en que se leia: *Sanebitas Jehova, ó Sanctum Domino* (6).

En efecto, las ceremonias, los vestidos, los oficios que se les imponian, las abstinencias, las ovaciones y otras señales de esta naturaleza, indican bastante la santidad de que debian gozar los sacerdotes y propagarla entre los hijos de Israel, juntamente con la noticia y explicacion de la ley (7).

No fué toda la tribu de Levi, emancipada al culto divino, lo que recibió esta herencia con las demás, sino solamente cuarenta y ocho ciudades con sus sub-urbanas, segun el mandato

(1) Ibid., VIII, 5, 22; Act., XIII, 2, 3.

(2) Lev., IX, 24; X, 1, 2.

(3) Ibid., VIII.

(4) 3 Reg., XIII, 33.

(5) Luc., I, 5, 9.

(6) Ex., XXIII, XXIX; Lev., VIII.

(7) Malach., II, 7.

del Señor, confiado á Moisés desde Josué y los principes (1), y se extendian las sub-urbanas en mil pasos de circunferencia al pasto de los ganados y jumentos, y entre las ciudades levíticas se comprendian seis de refugio. Para sustentacion de los levitas, se pagaban los diezmos de todo lo que las demás tribus obtenian cada año de sus campos y ganados, y luego los levitas se obligaban de esto mismo á dar la décima parte á sus sacerdotes, los cuales, además de esto y de la parte de los sacrificios que dijimos antes les estaba destinada, recibian tambien las oblaciones espontáneas de todos los hijos de Israel y las primicias de los ganados y frutos, que se pagaban por especie, ó tasarlo el mismo sacerdote en un precio que, por el primogénito, no podia exceder de cinco siclos. El culto público se sostenia con limosnas y el medio siclo que daba cada israelita. Esto, sin embargo, era más que suficiente para que el templo abundara en riquezas. Habia tres especies de diezmos (2), una íntegra para los levitas, otra que se presentaba en el templo y despues del rito sagrado la comian en convite los oferentes, en union con los levitas, y la tercera que se formaba de los residuos cada trienio para el convite de los levitas, extranjeros, pupilos, viudas, etc., en las ciudades y casas de los propios oferentes. No consta si era realmente la décima parte la que se pagaba. Segun el Génesis (3), á Faraon sólo se le pagó la quinta parte. Es lo cierto que antes que la ley de Moisés consagrara los diezmos á Dios y sus ministros, es decir, al rey, á la casa real y al ejército, ya estaban en uso corriente. Lo mismo puede decirse de las primicias, sus clases y destinos (4).

En toda religion positiva se consagran de una manera especial al culto divino ciertos dias, en los cuales los hombres de lo mundanal y terreno se elevan á lo sobrenatural y divino en gratitud á Dios por los inmensos beneficios que les concede en todo tiempo para las diferentes necesidades de la vida, busquen el consuelo en el recuerdo de los principios morales y religiosos, y descansen ellos y sus domésticos del trabajo, como lo exige la flaqueza humana. Así el pueblo hebreo celebraba sus dias festivos: unos por costumbre antes de Moisés, otros establecidos por el mismo en memoria de los beneficios recibidos de Dios, y otros que se consagraron en tiempos posteriores. El principal era el sábado, dispuesto en memoria de la creacion y celebrado ya entre los antiguos hebreos, por lo cual habla de él Moisés como de una cosa sabida, y no hace más que prescribir *el modo* de santificarlo. Este día se llamaba tambien del descanso para distinguirlo de los demás de la semana, que se designaban por orden numérico (5). Es, pues, el sábado una institucion de la primitiva tra-

(1) Jos., XXI, Num., XXXV, 2.

(2) Num., XVIII, 20, 30; Lev., XXVII, 32, 33;

Deut., XIV, 22, 29; Tob., I, 7.

(3) XIV, 20; XXVIII, 22; XLVII, 24.

(4) Deut., XXVI, 1; Num., XVIII, 16; Ex., XIII,

13; Deut., XV, 21, 22.

(5) Ex., XX, 8; XXXI, 13, 17.